

Recuperando la economía: entre la cuestión social y la intervención social¹

Retrieving the economy: between social issues and social intervention

José Luis CORAGGIO

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)
jlcorageo@yahoo.com

Inés ARANCIBIA

Universidad Nacional de General Sarmiento (Argentina)
inesaran@yahoo.ar

Recibido: 16/10/2012

Revisado: 03/12/2012

Aceptado: 31/07/2013

Disponible on line: 27/06/2014

Resumen

Nos planteamos un conjunto de interrogantes en torno a la intervención del Trabajo Social. La mayoría de estas reflexiones surgen de la problematización de las políticas sociales en Argentina y América Latina, pero los aspectos conceptuales son pertinentes para los países cuyas políticas sociales estén dando paso a intervenciones más integrales o en cualquier sociedad donde profesionales de la intervención social se sientan convocados a repensar sus prácticas de desde una perspectiva socioeconómica.

Se propone, como marco, la cuestión social entendida como un proceso abierto de construcción social, para luego interrogarnos sobre el sentido que cobran y pueden cobrar las políticas sociales cuando atraviesan las experiencias locales de trabajo autogestionado y asociado de los sectores populares.

Los trabajadores sociales que se insertan cotidianamente en «el territorio» poseen distintas herramientas de intervención para transformar la realidad. Pero es el sentido que las orienta lo que merece transformarse. En esa búsqueda proponemos volver a poner en el centro las dimensiones pretendidamente escindidas de «lo social», como la economía y la política, no de forma desinteresada, sino desde la perspectiva política de avanzar hacia una sociedad más democrática y más justa en la producción y distribución de la riqueza.

Palabras clave: ciencias sociales, Trabajo Social, intervención social, cuestión social, socioeconomía.

Abstract

We propose a set of questions around the intervention of Social Work. Most of these problems arise from reflections of social policies in Argentina and Latin America, but the conceptual aspects are relevant for countries whose social policies are giving way to more comprehensive interventions or any society where professionals of social intervention feel called to rethink their practices from a socioeconomic perspective.

We propose as a framework, the social question as a process of social construction open, then wonder about the sense that take and can collect social policies when traversing local experiences of self-managed work and associate of the popular sectors.

Social workers who are inserted daily in «the territory» have different intervention tools to change reality. But it is the sense that guides them who deserves be transformed. In this search we propose to put back into the center allegedly split dimensions of «the social» as the economy and politics, not so disinterested, but from the political perspective of moving towards a more democratic and just society in the production and distribution of wealth

Keywords: social sciences, Social Work, social intervention, social inquiry, socioeconomics.

Referencia normalizada: Coraggio, J. L., y Arancibia, I. (2014): «Recuperando la economía: entre la cuestión social y la intervención social». *Cuadernos de Trabajo Social*, 27(1): 211-221.

Sumario: 1. La cuestión social: economía y política. 2. El carácter abierto de la cuestión social y su relación con la economía. 3. La economía, esa caja negra y alienante. 4. El Trabajo Social como intervención socioeconómica. 5. Hacia una posible estrategia para el Trabajo Social. 6. Posibles aportes específicos del Trabajo Social para una intervención socioeconómica integral. 7. Referencias bibliográficas.

¹ Versión resumida en septiembre 2012 de la ponencia presentada en el Congreso Nacional de Trabajo Social: De Araxá a Mar del Plata, «35 años de Trabajo Social Latinoamericano», mayo de 2004. Una versión previa fue publicada en la síntesis del Segundo Encuentro de Investigadores y Docentes en Economía Social y Solidaria, Ministerio de Desarrollo Social de la Nación, 2005. Su versión completa puede consultarse en coraggioeconomia.org.

1. La cuestión social: economía y política

En términos muy generales, entenderemos como cuestión social (en una sociedad capitalista con formas democráticas) el entramado de problemas interdependientes, con significado social, jerarquizados y articulados, que amenazan la cohesión de la sociedad como tal. Ese entramado desafía imperiosamente a los actores políticos a que actúen, produzcan discursos y tomen posiciones respecto a la jerarquización de tales problemas en un todo, así como a las vías y a las responsabilidades para su gestión pública y resolución.

La cuestión social no es una lista ni una suma de problemas sociales cuya prioridad se dirima en las usuales encuestas de opinión. Por otra parte, tales problemas tampoco están determinados sólo «objetivamente» (por datos empíricos o por alguna teoría científica de la estructura social, sus equilibrios, tensiones y tendencias). Se trata de una construcción social conceptual y prácticamente compleja con bases materiales y componentes simbólicos.

El análisis y procesamiento de la cuestión social requiere o provoca: a) una perspectiva histórica para comprender su génesis, su desarrollo, y su potencial para acelerar o bloquear procesos de transformación social; b) la confrontación de teorías y componentes utópicos; c) la explícita confrontación o articulación de proyectos y prácticas encarnados en actores sociales cuya capacidad de acción eficaz para encarar la cuestión sea plausible.

Otra hipótesis sobre la cuestión social es que, en relación a lo económico y en esa escena se confrontarán posiciones que pueden agruparse en: a) las que consciente o inconscientemente (como quienes parecen creer aún en la teoría del «derrame»), defienden y justifican una sociedad desigual, si es que no polarizada (actual o proyectada), y b) las que, en cambio, defienden y justifican una sociedad más igualitaria en la que se asegure la reproducción de la vida digna de todos los ciudadanos (actual o proyectada).

2. El carácter abierto de la cuestión social y su relación con la economía

En nuestros países, la «cuestión social» no puede considerarse como ya dada, sino que es una cuestión abierta, dentro de un espacio rápidamente cambiante de contradicciones y

conflictos, donde se expresan actores nacionales e internacionales organizados, así como masas inorgánicas (protestas, rebeliones). En esa confrontación es fundamental que paulatinamente se vayan marcando límites sociales a la economía y a la política y mostrando la irracionalidad de un sistema que erosiona sus propias condiciones de existencia, materiales y simbólicas.

A su vez es fundamental proponer programas de acción colectiva que converjan con las búsquedas regionales, continentales y globales para construir otra sociedad. Y esto requiere hacernos conscientes de que está nuevamente abierta la «cuestión nacional». ¿Somos o queremos ser una nación? ¿Definimos la soberanía nacional como resultante de la soberanía popular? ¿Qué clase de país queremos reconstruir? Y, por supuesto: ¿quiénes pueden constituir las bases del sujeto histórico de las transformaciones que implica tal búsqueda y reconstrucción?

Nos parece que la principal indicación sobre cómo se está marcando ese campo viene dada por el hecho de que la generación de empleo ha dejado de ser un objetivo real de la política económica para convertirse en una política social que ha de compensar la falta de dinamismo del subsistema económico regido por las relaciones salariales. El acceso a un trabajo está siendo asistido. Sin embargo, aunque el trabajo asistido venga a atender un déficit evidente del sistema económico para integrar a los ciudadanos, genera en el imaginario colectivo la temática del trabajo real —«trabajo genuino» o «trabajo productivo»— contrastado con el falso trabajo —«subsidiado»— y reafirma el discurso neoliberal de la responsabilidad de las personas por su situación más allá del sistema de mercado. A la vez, continúa ignorándose el trabajo no mercantil, doméstico o comunitario, que constituye una parte significativa del proceso de reproducción social.

En la discusión de estos y otros temas, es importante evitar que nuestra interrogación quede suturada a la operacionalización de los paquetes de medidas asociados a la gran variedad de «problemas sociales» que, con una masividad inusitada, generan hoy la globalización del capital —al poner a competir entre ellos a los trabajadores del mundo sin permitirles movilizarse libremente— y la flexibilización la-

boral, legalizada por los Estados en nombre de la competitividad.

Lejos de haber encontrado su concepto, la definición de la cuestión social es entonces una tarea pendiente. Sin duda, la «cuestión social» se comprende de otra manera cuando se la anticipa como una resultante de una etapa todavía no sedimentada del desarrollo capitalista global y, a la vez, como una construcción aún no plenamente actuada en la escena pública nacional, dada la ausencia de potentes actores sociales cohesionados alrededor de propuestas en lo material y lo simbólico y con componentes utópicos compartidos. Visto así, parece difícil definirla mediante una construcción social democrática, mientras persista el empobrecimiento masivo y la autonomización del mercado respecto a regulaciones sociales y políticas.

Pero el proceso de acumulación capitalista no es el único «proceso económico» que experimentan nuestros países. De hecho existe una economía popular, de la supervivencia, de la subsistencia, del rebusque, o de la solidaridad de los vecinos, de los que pasan por la misma situación de exclusión o carencia, que nos presenta un importante lado oculto de «la economía», orientada hacia la sobrevivencia o la reproducción ampliada de la vida, según su grado de desarrollo. Aunque fragmentaria, esa «economía popular» debe ser reconocida en toda su magnitud y su potencial para dar fundamento empírico a un sistema de economía social centrado en el trabajo asociado, como parte de «otra economía».

En este sentido, ya sea «como construcción social» o como materialidad, la cuestión social no puede ser separada de la cuestión económica. Ni la política social puede ser vista como el apéndice público (estatal o civil) que remienda los efectos moral o funcionalmente indeseados de la economía. Como demostró Polanyi (1975), incluso en las sociedades modernas, las relaciones sociales, económicas, políticas y culturales no están separadas en la realidad» (Coraggio, 2004b). Pretender que la cuestión social se pueda demarcar de lo económico, en cualquier país capitalista, es contribuir a ocultar un poder político y económico que justamente ha venido separando ideológica, y hasta materialmente, los procesos reales y segmentando la acción pública en relación a una esfera de producción (lo «económico») y una esfera de reproducción

(lo «social»). Ello impide la comprensión de lo actual y la anticipación de lo posible y contribuye al vaciamiento de la política (Habermas, 2000).

3. La economía, esa caja negra y alienante

Marx planteó con claridad que la economía capitalista y su mercado tenían la capacidad de invertir las representaciones de la realidad, ocultando la explotación sistemática del trabajo ajeno tras la apariencia formal del intercambio de equivalentes. Si a esa característica intrínseca de la economía capitalista le agregamos la combinación de la sobreinformación en base a indicadores y debates, que son ocultadores de la verdadera cuestión, con la persistencia del falaz pensamiento único de vertiente neoliberal (todavía es lo que se enseña predominantemente en nuestras universidades públicas) obtenemos como resultado un «analfabetismo económico» que atraviesa por igual a sectores populares, profesionales, técnicos y dirigentes sociales y políticos.

Para avanzar en esta discusión, es preciso redefinir qué entendemos por «economía» real y su relación con lo social. La economía, en su expresión más profunda y comprensiva, es el sistema que se da una comunidad o una sociedad de comunidades e individuos, para definir, generar y administrar recursos a fin de determinar y satisfacer las necesidades legítimas de todos sus miembros. Por lo tanto, no es que sea posible sólo un sistema ni mucho menos que haya uno de alcance universal.

El sistema de necesidades de la vida humana en sociedad es entonces lo que constituye el sentido universal de la actividad económica. Y aunque las necesidades puedan pensarse como pocas condiciones para la vida, ampliamente definidas (alimentación, refugio, contención afectiva, etc.), en su concreción como necesidades y satisfactores no están dadas ni son ahistóricas (Max-Neef, 1990; Arancibia, 2009). Se constituyen como construcción colectiva, aunque no siempre sus portadores sean conscientes del proceso que las impulsó como sentido común, y son gestionadas y definidas doméstica, comunitaria y socialmente. Un sistema político democrático participativo y reflexivo es el mejor encuadre para determinar la legitimidad de las necesidades reivindicadas por los distintos grupos particulares (Coraggio, 2004).

Se trata de partir de la realidad para transformarla y de respetar los tiempos que esa transformación requiere. Esto supone no ver una economía popular «mejorada», más social y solidaria o de los trabajadores, como «la alternativa», como un sistema social nuevo cuyos integrantes viven en catacumbas, autoorganizados a través de redes sin centro, sin Estado, y esperando el fin del capitalismo. Supone diferenciar entre la economía popular realmente existente, subordinada a la cultura, los valores y poderes de la sociedad y el Estado capitalistas, y la posibilidad que contiene de devenir una economía del trabajo, por oposición a la economía del capital. Para realizarse, esa economía del trabajo requiere pasar de la competencia individualista por sobrevivir (desde una unidad doméstica², desde un barrio, desde una red particular o desde una localidad) a la acción asociativa en totalidades complejas.

Es posible construir una economía centrada en el despliegue y desarrollo de las capacidades del trabajo humano en sociedad (desde lo local y lo global, mediante las iniciativas del Estado y de la Sociedad) incorporando el conocimiento como fuerza productiva indisociable del trabajo y de la reproducción ampliada de la vida de todos. Esa afirmación teórico-práctica de la centralidad del trabajo marca (como derecho en sí y como condición material, junto con el respeto a los equilibrios ecológicos, para definir y ejercer todos los demás derechos humanos) un programa estratégico que puede orientar acciones y generar situaciones de aprendizaje en base a la práctica y la reflexión a diversas escalas (Coraggio, 2003).

Este programa puede ser efectivamente asumido, o al menos discursivamente planteado, por un Estado que ve los límites de consolidar mecanismos de asistencia compensatoria eterna. Pero en cualquier caso se requieren agentes hábiles para promover y acompañar un proceso de esta diversidad, novedad y duración.

4. El Trabajo Social como intervención socioeconómica

El Trabajo Social es una profesión clave para resolver mejor la tensión entre la emergencia y

la estrategia. Los trabajadores sociales tienen una larga experiencia en la práctica de intervención en pro de la integración social y, particularmente, en la atención ante las emergencias. Pero al no ser la emergencia actual temporal ni excepcional, sino estructural y masiva, surge la posibilidad y necesidad de reorientar esas prácticas para contribuir a la construcción colectiva de otra base económica propia de los trabajadores (ocupados, desocupados, subocupados, desalentados que ya no buscan trabajo, pobres o no pobres, etc.).

A nuestro entender, los trabajadores sociales ya vienen haciendo economía, tal vez sin saberlo. Intervienen casi directamente sobre las «necesidades» individuales y sociales, principalmente reconociéndolas según los códigos del Estado. A la vez, potencian las estrategias de supervivencia popular al operar, con una mirada centrada en la unidad doméstica o la comunidad, en el entramado de las políticas públicas distribuidoras de bienes públicos en el territorio. De lo que se trata es de seguir interviniendo en «lo social», pero entendiendo explícitamente a la economía como parte constitutiva de la complejidad de lo social y, por lo tanto, inseparable de la intervención en todas sus formas.

Puesto en clave del Trabajo Social, entendemos como «económicas» las intervenciones relativas a la identificación, obtención o generación, distribución y uso de recursos y la organización de capacidades personales, grupales e institucionales en procura de la satisfacción de las necesidades asociadas a una mayor calidad de vida de sus destinatarios.

No se trata de que los trabajadores sociales sustituyan a los sujetos sociales, dotándoles de una estrategia ya lista. Hay una relación necesariamente dialéctica entre las respuestas inmediatas a los problemas inmediatos cotidianos y la posibilidad de conformación de sujetos colectivos. Es difícil que tales sujetos se constituyan, salvo como masa de maniobras políticas de otros, si no tienen resueltas sus necesidades de subsistencia. Incluso, si la resolución de estas carencias es puramente distributiva (de bienes, servicios o dinero), no es

² Por Unidad Doméstica entendemos al «grupo de individuos, vinculados de manera sostenida, que son de hecho o de derecho solidaria y cotidianamente responsables de la obtención (mediante su trabajo presente o mediante transferencias o donaciones de bienes, servicios o dinero) y distribución de las condiciones materiales necesarias para la reproducción inmediata de todos sus miembros» (Coraggio, 1999).

suficiente, aunque pueda ser rápida. La vía debe ser constructivista, impulsando —junto con la redistribución de ingresos y medios de vida— la distribución de recursos productivos, conocimiento e información, propiciando procesos de autodesarrollo, de aprendizaje de nuevas prácticas de subsistencia, de ampliación de las capacidades de iniciativa, con miras a un mayor control de las propias condiciones de vida y la participación en el desarrollo de la comunidad inmediata y la sociedad en general.

Hacerlo implica trabajar conscientemente desde la economía popular, pero por «otra economía», que recupere su vinculación con la sociedad y que por eso sea «social», pero también solidaria, y hacerlo fortaleciendo a las comunidades socialmente heterogéneas, capaces de generar las bases de su propia reproducción. Implica aprender a trabajar desde lo local por el desarrollo de microemprendimientos, asociaciones de productores, consumidores, usuarios, redes de ayuda mutua, cooperativas, encadenamientos productivos, redes de financiamiento, etc. Implica contribuir a los procesos de legitimación de las necesidades como derechos. Este «trabajar» requiere, como profesionales de la política social, hacerlo no solo en la intensificación de la práctica de intervención social, sino fundamentalmente, abordando seriamente aquellas búsquedas teóricas y desarrollos conceptuales que reorienten la intervención. Implica conocer con mayor profundidad los procesos que regeneran la pobreza y la exclusión a la vez que acumulan riqueza y poder en pocas manos, tanto a nivel macro, como también meso y micro social, y participar en la elaboración de propuestas para las políticas públicas en todos los niveles y sectores con una visión no de mera atención sino de desarrollo socioeconómico a partir de cada situación concreta.

Supone un compromiso con las personas, colectivos e instituciones con que se trabaja, pero también tomar distancia y comprender los mecanismos hegemónicos que generan la parálisis del pensamiento propositivo, el pesimismo y el cinismo ante el genocidio social, y por qué y cómo pueden evolucionar a través de

prácticas reflexivas, el aprendizaje colectivo y la acción política. Supone plantearse caminos para avanzar cuando el juego de fuerzas es desfavorable para los trabajadores: a la vez que contribuir a dar respuestas pragmáticas a los urgentes problemas cotidianos, mantener abierto y activo el espacio de las utopías.

En esto es fundamental que los profesionales superen lo disciplinario y la pretendida especificidad excluyente que termina generando una división del trabajo de intervención entre quienes se dedican a promover «lo económico», y quienes se ocupan de «lo social». Si coincidimos en la complejidad de la cuestión social antes planteada, no podemos pensar en el trabajo de los «profesionales de la intervención social» como meramente social, sino como sociopolítico, como socioeconómico y cultural. Y su compromiso va más allá de las personas con las que interactúa: es portador, con otros, de un proyecto de otra sociedad, de otra comunidad, de otros ciudadanos.

5. Hacia una posible estrategia para el Trabajo Social

¿Por qué es necesario renovar esa línea de pensamiento crítico en este momento? ¿qué sería lo nuevo, lo no ya-dicho? La intervención social ante la emergencia —decíamos— no puede sustituir a la estrategia. Pero la nueva cuestión social, por responsabilidad, hace que ya no sea suficiente ni posible dar una respuesta a la emergencia que no esté enmarcada en una perspectiva de transformación social en el medio y largo plazo.

Las estrategias de las unidades domésticas, principalmente las familias, pero también las formas asociativas solidarias, que se van recuperando y potenciando por la propuesta de una economía social y solidaria, no son sólo reactivas y emergentes, sino muchas veces proactivas y resultantes del juego de proyectos y propuestas de diversos actores públicos, políticos y sociales. Y cuando los Estados incorporan como parte de sus políticas públicas, ya sea en las carteras de economía, trabajo o acción social, la promoción de la «economía social» y del desarrollo local³, son señales de que la

³ Como la política iniciada en 2003 en Argentina desde el Ministerio de Desarrollo Social de la Nación (2003) Plan Nacional de Desarrollo Local y Economía Social «Manos a la obra». Una aproximación al Plan y sus adecuaciones luego de casi 10 años de su implementación pueden consultarse en www.desarrollosocial.gov.ar

cuestión social misma está siendo «redefinida» por los actores sociales y políticos, por esas estrategias familiares, y especialmente por la acción de organizaciones y movimientos con otra perspectiva.

Pero las condiciones de cada lugar o región o de diversos segmentos populares están altamente diferenciadas como resultado de la globalización y la retirada del Estado durante el período más crudamente neoliberal. Los trabajadores sociales, acordes con esta tendencia, deben desarrollar una nueva versatilidad táctica para trabajar, de manera integradora, con sectores de alta heterogeneidad social y de expectativas, habilidad agregada a la que siempre los caracterizó por su carácter de mediadores de diversas políticas sociales en el terreno concreto, donde la realidad se manifiesta como compleja y no sectorial.

En este marco, la contextualización de la intervención no se resuelve solamente asumiendo una mirada política y un compromiso con los sectores populares y sus estrategias, suponiendo que, una vez hecho esto, lo que quede sea simplemente traducirlo en determinadas técnicas de intervención que sean «dis-funcionales». Ni tampoco se resuelve si la «economía», y sus «efectos sociales» devastadores, siguen siendo una variable de contexto y un aspecto más del diagnóstico para encuadrar la intervención social, sin incluirla como parte constitutiva de ese campo de intervención propio de su competencia y sobre el que se pretende intervenir para transformar.

El Trabajo Social está siendo desafiado, entonces:

a) Porque están ocurriendo transformaciones mayores en la economía, desde lo global a lo local, y en los objetivos y los medios del conjunto de las políticas públicas;

b) Porque las estrategias familiares de reproducción, a través de nuevas experiencias de trabajo, han dejado de ser un refugio temporal para el desempleo y se vuelven una vía alternativa no sólo de sobrevivencia sino de construcción de otras formas socioeconómicas duraderas, lo que demanda una asistencia integral para consolidar esas alternativas;

c) Porque las instituciones del Estado han sido y siguen siendo resignificadas en la pugna entre intereses particulares, y periódica-

mente se producen cambios en las directivas, aparecen o se extinguen programas, lo que exige respuestas rápidas sin un proceso de comprensión de su sentido, claridad sobre la perdurabilidad de los programas y una limitada capacitación por parte del mismo Estado;

d) Porque los viejos actores colectivos se desdibujan o resignifican y emergen otros nuevos que se posicionan con diversos comportamientos reactivos o propositivos ante los cambios en la economía y en las políticas públicas. Esas transformaciones demandan adecuaciones igualmente fuertes en los estilos y sentidos de la intervención, que se experimentan en el ejercicio mismo de todas las profesiones que tienen que trabajar con los sectores populares.

El problema es si, frente a estos nuevos comportamientos, desde el Trabajo Social se reacciona «recortando» su espacio de intervención hacia lo ya conocido, hacia lo ya practicado y consensuado teórica y metodológicamente dentro del campo profesional, o si eso detona nuevas formas de intervención. Es más, muchas de las intervenciones «tradicionales» pueden entrar en conflicto con las «nuevas» estrategias si, por ejemplo, continúan fortaleciendo el individualismo, el oportunismo, la dependencia del subsidio, la segregación de la condición de pobreza como una categoría «social», frente a la necesidad de consolidar formas que, sin dejar nunca de afianzar derechos y sus respectiva reivindicación hacia el Estado para su efectividad, generen mayor autonomía en la reproducción cotidiana, en el trabajo y en la generación de ingresos, y en las más variadas formas de resolución de las necesidades socioeconómicas de manera asociativa y comunitaria.

Así, en la medida en que los profesionales del Trabajo Social: a) ayuden a que los trabajadores, sus familias y sus comunidades, puedan priorizar y resolver con mayor autonomía sus necesidades inmediatas, aunque sin dejar de articularse con el Estado en sus distintos niveles como garante de sus derechos sociales y políticos; b) acompañen el desarrollo de estructuras colectivas reflexivas y mecanismos más sostenibles y articuladores para la economía popular; y c) no se limiten a administrar la distribución más eficiente de programas focalizados en los indigentes, «se estarán metiendo» con la economía y, dada su profunda capilaridad y

presencia en instituciones y territorios, podrán contribuir a cambiar, desde abajo, las estructuras que generan esta emergencia masiva.

6. Posibles aportes específicos del Trabajo Social para una intervención socioeconómica integral

Sintetizamos, a continuación, algunas hipótesis para la discusión en torno a los aportes posibles del Trabajo Social que, sin renunciar a su especificidad, puedan potenciar y transformar sus herramientas y espacios de trabajo en el marco de una explicitación de que la economía es parte constitutiva de su campo de intervención.

— *Interviniendo en la urgencia en el marco de una estrategia. El «mientras tanto»...*

La especificidad del Trabajo Social⁴ se comprenderá mejor cuando se la defina no en abstracto sino reconociendo el carácter estructural de la «emergencia», así como sus tiempos prolongados, y sea ubicada dentro de algún proyecto estratégico que oriente sus prácticas. Por lo pronto, dado el sentido de la propuesta planteada en este trabajo, si hay algo que el trabajador social puede ofrecer es la experiencia, las herramientas y la problematización de la acción sobre lo social y humanamente urgente⁵, haciendo aterrizar las especulaciones sobre sociedades ideales, exigiendo que las propuestas muestren su eficacia y su viabilidad, mediando para que sean anticipadas y experimentadas como caminos efectivos de mejoría de la calidad de vida.

Hay que hacer efectiva la posibilidad de dirigir esfuerzos a pensar en cómo resolver el «mientras tanto» de esta transición, pero sabiendo adónde queremos ir y cuáles son los caminos posibles y más efectivos. Esto requerirá renovar la creatividad y recuperar un horizonte de sentido que todavía tiene que construirse

colectivamente. Supone, además, una visión de la totalidad y articular su transformación política con las intervenciones micro sociales. Aquí será esencial el nivel «meso» social (los actores colectivos y las redes de alcance regional), y requiere reconstituir o construir lazos de cooperación y solidaridad entre las distintas formas de la economía popular. Otro requisito es ampliar el espectro social de intervención, porque la economía social y el desarrollo local no se limitan a los más pobres, sino que requieren movilizar y acompañar a unas comunidades o sociedades socialmente heterogéneas,

El «mientras tanto» no es un disminuido «lo que se puede hacer»; pero nos quedan muchas preguntas pendientes: ¿Cómo podríamos distinguir la verdadera intervención «estratégica» de la que hacemos para atender a las emergencias? ¿Cómo contribuir a que los trabajadores, los «destinatarios», consideren creíbles las opciones que planteamos cuando esas propuestas provienen del mismo Estado que genera las políticas económicas de exclusión?

— *Desarrollando y orientando las herramientas aprendidas hacia intervenciones complejas y con una perspectiva más ambiciosa*

La «especificidad» del Trabajo Social debería considerarse como un recurso especialmente desarrollado, que requiere complementarse y potenciarse con otros saberes en intervenciones complejas, entendiéndolas como aquellas intervenciones multifacéticas, interinstitucionales y transdisciplinarias que reconocen a los actores colectivos y las redes y sistemas de relaciones locales y regionales, con una visión de la complejidad social que no es sociológica, psicológica o normativa, sino multideterminada, política e histórica, incorporando no sólo las dimensiones culturales e institucionales, sino también económicas y tecnológicas⁶.

⁴ No pretendemos en este trabajo profundizar las ya nutridas discusiones sobre la «especificidad» del Trabajo Social. Solo proponemos algunas problematizaciones sobre las posibles respuestas que desde la intervención social pueden darse en el marco de políticas socioeconómicas.

⁵ Esto, tanto en lo que tiene de objetivo (el hambre, la enfermedad, los procesos de desnutrición irreversible, la violencia física, la segregación territorial de los «refugiados» en las ciudades, el desempleo coyuntural o de larga duración) como en la subjetividad (acciones ante la institucionalización y estigmatización de la pobreza, la pérdida de autoestima, la falta de autonomía, la ausencia de un proyecto de vida para los jóvenes, el vivir con miedo, etc.).

⁶ Muchas veces se llama trabajo interdisciplinario a algo que no lo es. Por ejemplo, equipos que comparten días de reunión y coordinación, donde se intercambian los avances realizados, pero que siguen «compartimentados» desde su propia lógica disciplinaria (escaso conocimiento de la tarea del otro, entrega de

No se trata de desechar las herramientas de análisis e intervención aprendidas (dejar de hacer lo que siempre se hizo) ni de renovarlas por completo (aprender a hacer lo que nunca se hizo), sino de desarrollarlas, tanto en sus formas como en sus contenidos, en función de una perspectiva socioeconómica de mediano y largo plazo.

Los trabajadores sociales, por ejemplo, han desarrollado una fortaleza metodológica para realizar diagnósticos sociales a nivel de lo observable, tanto en el nivel familiar como grupal y comunitario. Si no se revisan las pautas para diagnosticar (vinculando lo fenoménico con las estructuras profundas de la sociedad) se sigue estando expuestos a reproducir esa segmentación de la mirada hacia «lo social».

Se desafía al Trabajo Social también a que piense no sólo en nuevos contenidos sino en nuevas herramientas. Pero la urgencia impide detenerse y pedir tiempo, y será aprendiendo sobre la marcha, buscando tiempo para la reflexión colectiva y el estudio en paralelo como se irá dando otro contenido a las herramientas de diagnóstico y planificación de la intervención aprendidas. En esto, la responsabilidad de las universidades y las asociaciones profesionales son evidentes.

— *Participando en el desarrollo de las capacidades sociales para construir los nuevos sistemas de producción y satisfacción de necesidades*

Muchas intervenciones son asimilables a identificar y reparar carencias materiales o afectivas (marcadas por una definición tecnocrática de las necesidades), canalizando recursos específicos, propiciando grupos terapéuticos, derivando a otras instituciones o instancias de implementación de políticas públicas o inventando dentro de los márgenes de libertad ya señalados. O bien esas necesidades son problematizadas desde las representaciones que los destinatarios de los programas sienten como sus necesidades, aunque muchas veces no se logra redefinir las políticas sociales a partir de

estas «evaluaciones» de la población. En todo caso, en el marco de la construcción de una cuestión social tal y como fue planteada, lo sentido como carencia suele promover la afirmación de necesidades individualizadas, que reproducen los mecanismos legitimadores del mercado.

Para el Trabajo Social esto implica involucrarse no sólo en la reinstalación de las necesidades como derechos, sino además hacerlo en el marco de las disputas por la legitimación democrática de las necesidades y potencialidades sociales a nivel local y en forma crecientemente participativa, lo que lleva necesariamente a tematizar los valores y hábitos de los mismos destinatarios, las clases medias y los distintos niveles de nuestras heterogéneas clases trabajadoras.

Si, por ejemplo, se interviene en el acompañamiento de micro-emprendimientos familiares, el papel del trabajador social puede ir más allá de identificar los elementos que configuran ese entorno «socioambiental» de la familia, y buscar cómo reforzar las capacidades para ese trabajo que involucra a la familia, sus relaciones y su hábitat popular. Así, puede orientarse hacia la articulación de redes sociales barriales para recuperar las tradiciones de trabajo comunitario, tanto para resolver situaciones propias de la dinámica del trabajo autónomo (el cuidado de la salud, la atención de los niños mientras se trabaja, las condiciones medioambientales y de seguridad en el trabajo, etc.) como para potenciar productivamente los encadenamientos de trabajo (identificar la cadena de valor en la que se insertan, favorecer canales y redes autónomos de comercialización, valorizar el trabajo en el precio de los productos y servicios, vincular, etc.).

Es necesario, por cierto, asumir que es posible reforzar las capacidades emprendedoras, no sólo en los «oficios», sino en las particularidades del trabajo asociado y la cooperación de la economía popular. La gestión asociada y cooperativa de un emprendimiento socioeconómico no es lo mismo que promover la formalización de una «pequeña empresa». El cómo distribuir

diagnósticos e informes en forma separada, definición de algunas responsabilidades respondiendo a la subestimación o sobreestimación de las capacidades de los otros, etc.), justificándolo, muchas veces, desde la necesidad de ser «operativos» o desde el supuesto «respeto» a la tarea del compañero de equipo. La complejidad de la tarea que requieren las nuevas políticas es una condición favorable para superar tal estilo de practicar la profesión.

los ingresos generados, cómo distribuir las tareas de forma tal que se potencien las capacidades de todos, qué se define como «los costos» de un emprendimiento, cómo se evaluará su eficiencia, qué lógica guiará sus relaciones comerciales, entre otros, son criterios que hay que consensuar y desarrollar en cada experiencia y realidad local, y que son poco trasladables desde una concepción empresarial de la economía hacia la economía popular.

— *Resignificando las políticas sociales desde lo local*

Los trabajadores sociales han desarrollado un conocimiento muy bueno de las dificultades y límites de la implementación de las políticas sociales, así como también de las posibilidades de aprovechamiento de las «brechas» institucionales. Potenciar esas brechas como recurso vuelve a ser central para resignificar o incidir, desde la base, en la transformación de las políticas tradicionales y fortalecer la instalación de las esbozadas en la política social. Pero esta tarea, aislada de una visión de la totalidad de las políticas y sin una estrategia además de fragmentada en relación a las otras brechas existentes, es lo suficientemente tensionante y agotadora como para desanimar a que toda posibilidad de transformación vaya más allá de la superficie o que pueda tener mayor escala.

Se requiere, además, interpelar a las políticas públicas, no sólo desde la indignación que inspiran determinadas formas de tratamiento de los problemas sociales, sino desde el desarrollo de cuestionamientos sólidos (por su base teórica, metodológica y fundamentalmente política) hacia las formas en que esos problemas se asumen como «cuestión de Estado». Aquí, el doble carácter de ciudadanos y de trabajadores del Estado de los profesionales del Trabajo Social no es una cuestión menor. También es de esperar su posición crítica frente a los conceptos y formatos enlatados que vienen de organismos financieros internacionales, ajenos a la realidad de nuestro ámbito de intervención. No se trata de rechazar sus recursos tanto como de resignificarlos.

Esto nos remite necesariamente al campo de formulación, implementación y evaluación de programas y proyectos sociales. En esta línea,

el nivel de lo local es fundamental para hacer efectiva la articulación de las distintas políticas sectoriales. En la intervención social se construye ese espacio con posibilidad de articulación de los recursos económicos educativos, sanitarios, políticos, sociales y culturales, por nombrar algunos. Cuando se trata de programas de fortalecimiento comunitario, de redes barriales ¿qué papel pueden jugar en esa resignificación, los espacios multiactorales de gestión pública (o espacios de gestión asociada, como mesas y coordinadoras locales)? ¿qué reacomodo en sus funciones requiere de los profesionales de la intervención social esa nueva institucionalidad local?

— *Promoviendo y fortaleciendo la autonomía de los actores sociales*

Fortalecer la autonomía de los trabajadores es central para la construcción de una nueva economía. Como dijimos, la práctica del trabajador social es «económica», no sólo porque administra y distribuye sino porque puede contribuir a generar recursos productivos; fundamentalmente, las capacidades de trabajo, potenciando la economía social y solidaria de los trabajadores del campo y la ciudad (Danani, 2004). A la vez que contribuye a la defensa de un trabajo asalariado de calidad, tiene un papel en el fortalecimiento de experiencias de la economía social, revalorando al trabajo, en todas sus formas⁷, como aquella actividad que permite a las personas integrarse como partes valiosas para el todo social con posibilidad de proyectarse más allá de la supervivencia.

Si el Trabajo Social se orienta a fortalecer las capacidades de desarrollo autónomo de las personas, creemos que no debiera referirse solamente a la autonomía respecto de la asistencia pública o privada, sino también respecto de las distintas formas de explotación del trabajo ajeno. ¿Cuál es el tipo o los tipos de trabajo que es posible y necesario instalar como efectivamente más autónomos, como alternativos, complementarios o superadores del empleo asalariado? Esto implica necesariamente involucrarse en los debates acerca de los derechos del trabajo, de su supuesta «crisis», del «fin del trabajo», etc., no como si fuera un debate puramente filosófico, sino fundamentalmente político acer-

⁷ Sobre los distintos usos del fondo de trabajo de la unidad doméstica, véase Coraggio (1999, p. 142).

ca de los alcances del mismo como creador y recreador de la dignidad de las personas, lo suficientemente sólido en sus fundamentos como para cuestionar el asistencialismo de la «falta de trabajo» y su ubicación como objeto de políticas sociales focalizadas.

Y, en ese sentido, ¿cómo hacer que esas propuestas sean «apropiables» por los actores sociales en esa lucha por la instalación del trabajo como recurso central para el desarrollo de la nueva economía? ¿Cómo se demuestran en la práctica?, además de ¿cómo se explican, los beneficios de esas formas de trabajo, en un contexto donde la «carencia» de trabajo lo ha convertido en una necesidad más? y ¿dónde pesan más la urgencia y el corto plazo que la estrategia?

Para estos desafíos, nos enfrentaremos con algo que no es fácil de superar: hay *habitus* tanto en los ejercicios profesionales, como en las estrategias de supervivencia de los sectores populares y en los sistemas político-burocráticos, y hay valores de la clase media que tenderán a definir nuestras intervenciones como asistencialistas y a estigmatizar a los destinatarios y sus actividades.

— *Asumiendo los desafíos de la transición*

Cuando la realidad se ha transformado y sigue en vertiginoso movimiento con un destino incierto, vuelve a ser desafiado el pensamiento crítico y propositivo. Moverse en ese terreno sin un proyecto estratégico es eludir la respon-

sabilidad de los intelectuales, técnicos y militantes de la intervención: ver como posible aquello que no se ve en la cotidianidad, en prácticas suturadas al *status quo* en nombre del «realismo».

Frente a una cuestión social que no está ni puede ser definida de antemano ni por otros, que no puede aplicarse universalmente y que está en constante transformación, aquella amenaza de «fractura fundamental» se está desplazando, y la intervención tiene que saber reconocer esa dinámica y transformarse con ella.

En ese sentido, ya no corresponde intervenir para integrar a esta sociedad con fracturas o brechas de integración tan dramáticas. El paradigma de la integración social se modifica cuando hay que cambiar la sociedad misma. Se trata de intervenir para contribuir a un proceso de transformación societal, con un horizonte empíricamente incierto, que por eso reclama teoría relevante y rigurosidad en las sistematizaciones y aprendizajes para no perdernos en la emergencia cotidiana donde ponemos a prueba nuestros esquemas mentales.

Los trabajadores sociales, por lo demás, como intelectuales y técnicos, son parte de un sujeto en construcción que intenta ordenar ese proceso. La intervención profesional más apropiada será, entonces, aquella que se asuma como parte de una práctica colectiva, orientada por la transformación democrática hacia otra sociedad y por la autorreflexión colectiva que acompaña esa transformación.

7. Referencias bibliográficas

- Alonso, Luis Enrique (1999). *Trabajo y ciudadanía. Estudios sobre la crisis de la sociedad salarial* (pp. 213-236). Madrid: Trotta.
- Arancibia, Inés (septiembre, 2009). Las Necesidades desde la perspectiva de la Economía del Trabajo. Introducción al marco conceptual. Ponencia presentada en el XXVII Congreso Internacional ALAS, Buenos Aires. (www.riless.org)
- Castel, Robert ((1997). *La metamorfosis de la cuestión social. Una crónica del salariado*. Buenos Aires: Paidós.
- Cattani, Antonio David (org.) (2004). *La Otra Economía*. Buenos Aires: UNGS-Altamira-OSDE.
- Coraggio, José Luis (2003). El papel de la teoría en la promoción del desarrollo local (Hacia el desarrollo de una economía centrada en el trabajo). En J.L. Coraggio, *La Gente o el Capital. Desarrollo Local y Economía del Trabajo*(pp. 239-258). Quito. (www.coraggioeconomia.org)
- Coraggio, José Luis (1999). *Política Social y Economía del trabajo. Alternativas a la política neoliberal para la ciudad*. Buenos Aires: Miño y Dávila.
- Coraggio, José Luis (2004a). Las políticas públicas participativas: ¿obstáculo o requisito para el desarrollo local?. En: Inés González Bombal (comp.), *Fortaleciendo la relación Estado-Sociedad Civil para el Desarrollo Local* (pp. 35-36). Buenos Aires: CENOC (www.coraggioeconomia.org)

- Coraggio, José Luis, (2004b). Una alternativa socioeconómica necesaria: la Economía Social. En: Claudia: Danani (comp.), *Política Social y Economía Social. Debates Fundamentales* (pp. 169-201). Buenos Aires: Altamira-UNGS (www.coraggioeconomia.org).
- Danani, Claudia (2004a). El alfiler en la silla: sentidos, proyectos y alternativas en el debate de las Políticas Sociales y de la Economía Social. En: Claudia Danani (org.), *Política Social y Economía Social: debates fundamentales* (pp. 9-27). Buenos Aires: UNGS-OSDE-Altamira.
- Grassi, Estela (2003). *Políticas y problemas sociales en la sociedad neoliberal. La otra década infame (I)*. Buenos Aires: Espacio Editorial.
- Habermas, Jürgen (2000). *La constelación posnacional*. Buenos Aires: Paidós.
- Max-Neef, Manfred (1986). *Desarrollo a escala humana: Una opción para el futuro*. Motala: CEPAUR.
- Polanyi, Karl (1975). *La gran transformación*. Buenos Aires: Claridad,